FF 50 290

Buenas noches, como casi todos los miércoles alrededor de las 22 horas, 21 en Canarias, estamos aquí en esta sintonía con Revista de Filosofía, encantados de estar con vosotros. Revista de Filosofía, como probablemente sabréis y nos habéis escuchado en otras ocasiones, es un programa de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Educación y Distancia, que coordinan Francisco Martínez y Antonio García Sánchez Mases. Como suele ser habitual a estas alturas del curso, o al menos en los dos últimos años lo hemos hecho así, vamos a reservar un espacio para el latín, para la asignatura de latín en filosofía.

Vamos a tratar algunos puntos prácticos que esperamos que resulten de utilidad para los alumnos de primero y de segundo curso. Carmen Teresa Pavón, que es profesora de latín en filosofía en la UNED, va a comentar con Enrique Otón y Marcelo Martínez Pastor, catedráticos de Filología Latina de la Complutense, algunos autores latinos, algunos aspectos relativos a la traducción, sobre todo en el caso de Lucrecio y de San Agustín. Os dejamos ya con Carmen Teresa Pavón.

El espacio del programa de hoy vamos a dedicarlo, en primer lugar, a recordar unos puntos de carácter práctico para los alumnos. Va dirigido especialmente a los que estudian segundo curso y han elegido latín, pero creo que estas nociones les son igualmente útiles a los de primero. Para hablar de los autores filosóficos han venido, amable y desinteresadamente, acompañarnos dos catedráticos de Filología Latina de la Universidad Complutense de Madrid, naturalmente, don Enrique Otón y don Marcelo Martínez Pastor.

Buenas noches a los dos. Buenas noches. Muchas gracias por vuestra presencia aquí.

Encantada. Estos dos profesores han estudiado y enseñado textos filosóficos latinos. Por ello, les vemos invitados al programa y, después de estas breves palabras mías, nos expondrán algunas ideas sobre estos autores latinos, y, evidentemente, pueden hacernos las sugerencias que consideren oportunas al respecto de lo que voy a ir diciendo a continuación.

Les quiero repetir a los alumnos lo que particularmente les digo sobre la traducción, cuando hablo con ellos por teléfono o cuando por carta les doy mis consejos. Es sin duda difícil llegar a traducir bien. Esta dificultad aumenta si el alumno carece de base.

O, por ejemplo, hace mucho tiempo que ha estudiado el bachillerato. Por otro lado, si no tiene profesor a quien consultarle las muchas dudas que se le plantean, no tiene nada de particular que se encuentre con una sensación de estar perdido. La fórmula para ir adquiriendo soltura es traducir frases cortas y fáciles.

Una vez sabidas y corregidas con una buena traducción, tal vez también con algún comentario, y entendidas todas las palabras, hay que repetir esas frases, ese texto, hasta que suene como algo familiar, por tanto, hasta conocerlo casi de memoria. Y así las construcciones se van quedando y, otra vez que aparezcan, se saben resolver. De esta forma se va progresando y se

va avanzando y se van haciendo cada vez unos textos más complejos por su tamaño y por su dificultad.

Por supuesto, siempre hay que tener presente la morfología y la sintaxis. A estas alturas del curso se supone que ya han pasado los primeros obstáculos, pero creo que es útil tener este método presente, más que el que, por el contrario, aconseja traducir cantidades grandes de textos de corrido e ir pasando de unos a otros. No sé si a este respecto vosotros diríais algo en contra.

Sí, se me permite, me parece muy adecuado lo que la doctora Carmenter y Pavón están diciendo, porque efectivamente la cosa tiene que calar suavemente y quedarse fija, lo cual sería también, por otro lado, muy epicúreo en cuanto a la constancia y la repetición para la mayor familiaridad de las frases, de los pasajes y, por lo tanto, una mejor comprensión del fondo del texto, que es lo que en definitiva preocupa y ese interés. Sí, sí, también yo estoy de acuerdo. Creo que, de todas formas, aunque sea en otra lengua para el conocimiento del autor, también conviene leer de seguido bastantes pasajes, pero eso naturalmente en particular y fuera del seguimiento inmediato de las clases.

Claro, efectivamente eso es para conocer el pensamiento del autor, pero no, claro, tanto para conocer la lengua, aunque yo creo que es útil siempre tener la traducción a mano para comprobar los errores y matizar seguramente el pensamiento expresado. Esto es un aprendizaje continuo. Efectivamente.

Por otra parte, también es verdad que los alumnos que estudian a distancia, es otra de las cosas que siempre digo, no deben considerar un suspenso como algo especialmente negativo, aunque desde luego hay que reconocer que es incómodo para cualquier alumno estudiar a distancia o no. Pero aquí más bien deben entenderlo como un simple retraso, debido a que esas dificultades con que se encuentran las superan también a base de un esfuerzo y, por tanto, de un tiempo mayor que el que tienen que utilizar los alumnos que tienen un profesor a mano. Por ello, el tener que hacer una asignatura difícil en dos cursos en vez del uno, pues es una cosa que hay que considerarla normal y que no debe desde luego ni traumatizar ni asimilar a los alumnos.

Por otra parte, también insisto en otro factor que considero fundamental en la traducción. No es lo mismo decir lo que uno cree que dice el autor, traducir lo que cree que dice el autor, o decir lo que el autor exactamente dice. A veces en las traducciones de los exámenes se ponen cosas con sentido, un sentido perfecto.

El alumno se deja llevar por lo que cree que va a decir a continuación el autor. A veces ha captado el sentido de una frase y lo que viene a continuación lo presume y ya lo va adaptando a su propio pensamiento. Pero muchas veces esto no es propiamente lo que dice Lucrecio o lo que dice San Agustín, en este caso de estos autores que traducimos.

Por ello es por lo que es fundamental atenerse a la sintaxis. Veamos un ejemplo muy simple.

No es lo mismo afirmar que los átomos se mueven en dirección hacia un punto que decir que se mueven en un punto determinado.

Es una diferencia de matiz. Filosóficamente, matices de esta clase pueden tener mucha importancia. Y lo mismo se puede decir de textos de otra índole, por ejemplo históricos o geográficos, por citar los otros casos.

Para ello, para saber exactamente el pensamiento de estos autores que indudablemente fueron trascendentales en sus respectivos campos es para lo que debemos saber traducir latín y en concreto estos textos filosóficos. Nunca será igual leerlos en una traducción que en el original y a ello es a lo que debemos tender, a interpretarlos aunque a veces cueste algún esfuerzo, lo cual efectivamente no es contradictorio a lo que anteriormente decía el doctor Martínez Pastor, de que conviene tener a mano y consultar y leer, al margen de la clase propiamente, los textos en traducción. Me parece que la serie de recomendaciones se puede prolongar mucho más.

Pero si atiendo, como decía al principio, a las consultas telefónicas y las que me hacen por carta y sobre todo a los problemas que surgen en los ejercicios, me parece que queda dicho lo fundamental. Y también para que no se nos agote este tiempo en estas orientaciones, creo que vamos a pasar ya a los autores propiamente dichos. Ante todo vamos a ver un punto.

Yo creo que no son demasiados los autores que se pueden estudiar en la filosofía latina si tenemos en cuenta una serie de factores como la dificultad de la lengua, su importancia, que haya ediciones, etc. ¿Vosotros habéis explicado estos autores en vuestras clases o qué diríais este propósito? Cuando servía en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, desde luego las figuras señeras eran Lucrecio, Séneca y algún autor cristiano, preferentemente San Agustín o anteriormente Minucio Féllez. Efectivamente la panoplia no es muy amplia, es desde luego muy interesante.

Hay que tener en cuenta que algunos, como el caso de Lucrecio, son testigos excepcionales para saber lo que fue el epicoideismo y lo que significó esta doctrina a lo largo de sus muchos siglos de vida. Eso con respecto a Lucrecio. ¿Podrías añadirte algo, Marcelo? En los años en que yo también expliqué esta asignatura en uno de los cursos de la Facultad de Filosofía, me detuve especialmente, sobre todo a final de curso, en San Agustín.

San Agustín no constituía, por decirlo así, el centro de la explicación, pero era muy conveniente atender a él por su importancia en la confluencia del pensamiento antiguo con el cristianismo. San Agustín es heredero de la filosofía antigua, pero luego se hace cristiano, o si ya desde el principio tenía la tendencia de hacerse cristiano, empujado por su madre, realmente se bautiza y vive como cristiano. Y en ese sentido confluyen en él el pensamiento antiguo y el cristianismo.

Muy bien. Volvemos a Lucrecio, entonces. Por ejemplo, Enrique, tú nos puedes decir, ¿le consideras tal vez por su importancia o por su singularidad como un autor aislado o se le puede relacionar en algún aspecto con otros autores romanos? Si nos atenemos a lo que el

propio Lucrecio dice como ideal del sabio en el prólogo del libro II, hay que tener en cuenta que el ideal del hombre perfecto es el del solitario.

Hay que estar encerrado en una torre, aislado de las pasiones del mundo, y por lo tanto construir una edificación interna que se base fundamentalmente en los criterios que el propio Picuro legó en el cuadrifármaco, ningún miedo a los dioses, ningún miedo a la muerte, el dolor es pasajero, y un uso adecuado de los bienes. Esta soledad del sabio epicurio no debe entenderse nunca como un egoísmo que lleve al gozo por las dificultades en las que se encuentran los demás una vez que no hacen caso de las amonestaciones del fundador, sino más bien una especie de compasión. De manera que hay una soledad, pero hay también un principio de cercanía al hombre, el de herrerum natura, en definitiva, es una especie de evangelio que se predica con la pretensión de atraer a menmio a la doctrina, y en este sentido el epicurismo camina siempre en el fillo de la navaja como tantas veces lo hizo.

Desde luego la soledad es algo importante en el epicurismo, es algo importante en el de herrerum natura, su sabor de fracaso íntimo da esta perspectiva antropológica, pero hay que reconocer que dentro de la propia literatura latina Lucrecio tuvo una influencia en los epicurios, por supuesto, pero también en los que no eran epicurios. Hay que pensar, por ejemplo, en los movimientos tan importantes de descripción de la bóveda celeste de la época imperial manillo, por ejemplo, que en su astronómica toma como modelo al de herrerum natura de Lucrecio, bien que con una pretensión bien distinta, en tanto que en el de herrerum natura de Lucrecio hay una desmitificación de la bóveda celeste, puesto que allí no está escrita la voluntad de los dioses, sino que todos son unos movimientos mecánicos que explican, en definitiva, la gran verdad, el gran dogma de la caída de los átomos en manillos y que va a haber una interpretación mística de la bóveda celeste. De modo que, a la poca distancia de un puñado de años, Lucrecio es una figura importante en la medida en que sirve precisamente de modelo incluso a quienes no opinan como él.

También se ha hablado alguna vez de autores, si no antilucrecianos, un poco lo que podríamos decir lucrecianos paralelos, es decir, que han hecho a lo mejor unas obras filosóficas pero con otra mentalidad completamente distinta o con otra filosofía completamente distinta, como por ejemplo Ovidio o algunos otros. Sí, efectivamente, se piensa que esta última etapa de Ovidio en la que él pretende llegar a las estrellas, que nos impide conocer las estrellas, es que está imbuida de un cierto acento pitagórico, tiene como punto de referencia el de herrerum natura en la medida en que desde otra miranda filosófica se pretende hacer otro poema porque los romanos captaron precisamente la gran capacidad de comunicación que tiene un poema en la medida en que facilita el corpus de doctrina de una forma bella y la aprehensión sería en este sentido más factible para los interesados en el conocimiento doctrinal. Con estas palabras queda enmarcada hasta cierto punto la figura de Lucrecio.

Se puede decir evidentemente mucho más acerca de él y son innumerables los aspectos que se pueden tocar, pero yo creo que ahora nos podemos centrar, si te parece Enrique, en las características más importantes suyas. ¿Nos podrías hacer alguna mención al respecto? La más

importante, me parece a mí, es precisamente el espíritu de ortodoxia, es decir, la fidelidad estricta con la que Lucrecio transmite el pensamiento de Epicuro. Esta fidelidad la expresa él en el prólogo del libro III cuando dice que va a poner las plantas de sus pies justamente sobre la huella que ha dejado el fundador.

Esta ortodoxia le lleva a Lucrecio precisamente a desenvolver parte de su determinatura en un horizonte descaradamente, si se me permite la expresión, polémico. No hay que ver solamente las adusiones más o menos veladas al pitagorismo acerca de la mística de la bóveda celeste, de lo que hacían los referenciantes, al peatonismo acerca de la inmortalidad del alma, a determinadas argucias contra el aristotelismo, sino cuanto entra alliza a alliza, cuerpo a cuerpo, con Demócrito, con Empédocles, con Anaxágoras, con Heráclito, a los cuales gusta dejar en evidencia. Uno de los recursos de la polémica y literarios más importantes de Lucrecio es la reducción al absurdo.

Por lo tanto, Lucrecio, en cuanto a la polémica, por un lado refleja la enorme fidelidad a Epicuro y por otro la abierta hostilidad a toda otra doctrina. Esta fidelidad del espíritu de la ortodoxia se echa de ver enseguida, por ejemplo, la teoría del conocimiento con la preponderancia de los sentidos, el papel ambiguo, por no decir propulsor de la razón, y después es importante considerar en Lucrecio una vena poética. Una vena poética que muchas veces ha sido tenida en cuenta como una desviación, precisamente, del espíritu de la ortodoxia.

Pero hay que tener en cuenta que la condena del epicureísmo a la poesía se hace sobre todo teniendo en cuenta la poesía épica, que es aquella que puede levantar pasiones, que puede solimentar el corazón del hombre. De manera que este poetismo que hay y que se refleja sobre todo en momentos estelares del pródogo del libro I, con el sacrificio de Ifigenia, están al servicio, precisamente, de hacer más llevadera esa verdad, lo dice Lucrecio, en varios pasajes que se repiten acerca de cómo da medicina de darse a los niños bordeando con dulzor la copa en la que está vertida para que pueda beberse mejor y producir esa cura. De modo que Lucrecio presenta una panoplia muy interesante de recursos tanto dialécticos como literarios que perfilan una singularidad dramática.

La verdad, la dice San Jerónimo, si es cierto que este autor se suicidó y que refleja, en definitiva, toda la angustia de los movimientos espirituales del siglo I a.C. que están en puertas de una verdad que va a acceder pero a la que no se encuentra todavía encarnada. Se presiente pero no está tangible. Y en el epicurismo, precisamente, el que una verdad no pueda ser tangible representa un enorme fracaso, por lo que hemos dicho hace un momento, acerca de la verdad otorgada por los sentidos del conocimiento.

Verdaderamente, no cabe duda que lo conoces a Lucrecio, que lo has estudiado, efectivamente, y lo has enseñado. Y sería muy bonito, pero muy largo, también, extendernos en estas facetas, dos facetas fundamentales a las que has aludido. La del filósofo, que desde luego es la que nos trae aquí a analizarlo, y luego la vena poética, como te has dicho, su carácter de extraordinario poeta.

Efectivamente, se le podía reprochar que como filósofo escribiera en verso, pero inudablemente, bajo el aspecto literario, es una grandiosidad, un añadido más de riqueza a su obra. Ya, si me perdonas, Parménides había escrito en verso. Por lo tanto, había un precedente más glorioso.

Lo que pasa es que, claro, no es lo mismo un poema íntegro que fragmentos. Y además, al no estar en latín, parecía la cosa más lejana. Pasamos ahora, si os parece, a analizar la figura de San Agustín.

¿Qué nos puedes decir respecto a la herencia pagana de San Agustín, Marcelo? Sí, como he dicho antes, San Agustín, en su pensamiento, él fundamentalmente es un pensador, más que un filósofo, propiamente dicho. Parte de la filosofía pagana. En las confesiones, él va demostrando cómo, a lo largo de su vida, y por fuerza de su capacidad de análisis, fue preocupándose cada vez más de algún problema filosófico, como era el del origen del mal.

En este sentido, a pesar de que su madre era cristiana, si bien su padre era pagano, fue buscando soluciones a este problema, partiendo, como dice él, de la base de que no encontraba respuesta satisfactoria en el cristianismo de su madre. No es que no hubiera llegado todavía al cristianismo, sino que no encontraba entonces la solución a sus problemas en lo que conocía del cristianismo. Primero se acercó al maniqueísmo, y durante un tiempo, siendo ya profesor de retórica, fue buscando en el maniqueísmo la solución a este problema sin llegar a encontrarlo.

Después, más adelante, ya en Italia, se acercó al neoplatonismo. Si el maniqueísmo buscaba la solución en dos principios opuestos, uno para el bien y otro para el mal, el neoplatonismo formulaba el problema, o trataba de solucionarlo, hablando del mal como de una ausencia de bien. Al principio, San Agustín se tranquilizó con esto, pero luego vio que esta no era la solución.

¿Encontró entonces la solución al problema en la evolución hacia el cristianismo, en su introducción al cristianismo? En efecto, pero antes de llegar al final a esa solución, pasó un tiempo de escepticismo, llegando incluso a la duda de su propia existencia, pensando que todo podía ser una fantasía, y llegó a una formulación próxima a la de Descartes, solo que para él no se trataba de una duda metódica, sino de una duda existencial, y llegó a decir, puedo pensar que dudo y por tanto existo, no soy una mera imaginación, pero para él era algo existencial. Y en efecto, después, en el cristianismo, encontró la verdadera solución. Una solución que le llenó, y además le llenó no solo como respuesta a su problema, sino con otra serie de elementos.

Sin embargo, como he dicho, en gran parte de su pensamiento, en campos, por ejemplo, como el de la estética, apenas influye su cristianismo. En cambio, la cantidad de afecto, de carácter afectivo que hay en el cristianismo, y el aprecio por la alegoría que hay en Agustín, procede realmente del cristianismo. Pero se deduce de todas maneras de tus palabras, aparte de que cualquiera que lea a fondo, muy a fondo, el texto de San Agustín, que aunque puede parecer

que todos sus escritos están llenos de espíritu, casi exclusivamente religioso, hay una filosofía, una evolución filosófica muy interesante, muy importante, y que es muchísima más la filosofía de la que está penetrada toda su obra, de lo que parece.

En efecto, toda su obra está penetrada de filosofía, como lo está el pensamiento de un gran pensador. Con el cristianismo, aparte de estos elementos que he nombrado antes, lo que sucede es que todos estos elementos se integran en lo que podríamos llamar una teología. Una teología no en el sentido en que puede llamarse teología el pensamiento neoplatónico, que incluye preocupaciones religiosas, sino ya en el sentido de una teología cristiana, como puede verse, por ejemplo, en la ciudad de Dios, que realmente no es una filosofía de la historia, sino una teología de la historia.

Pues muy bien, con estas palabras, que es una lástima que tengamos que cortar, seguiríamos tiempo y tiempo. Pero creo que con ellas los alumnos se dan cargo de una panorámica muy interesante de estos autores que estamos estudiando. Muchísimas gracias a los dos por vuestra intervención.

Muy buenas noches. Buenas noches. Bueno, pues estos han sido algunos consejos respecto a la traducción de autores latinos, Lucrecio y San Agustín, fundamentalmente.

Carmen Teresa Pavón, Marcelo Martínez Pastor y Enrique Oton, gracias a los tres y hasta cuando queráis. El miércoles volvemos a la misma hora, en esta ocasión, como es habitual, con Francisco Martínez y Antonio García Santes Mases en lo que va a ser ya el penúltimo programa del curso. Hasta entonces, buena semana.